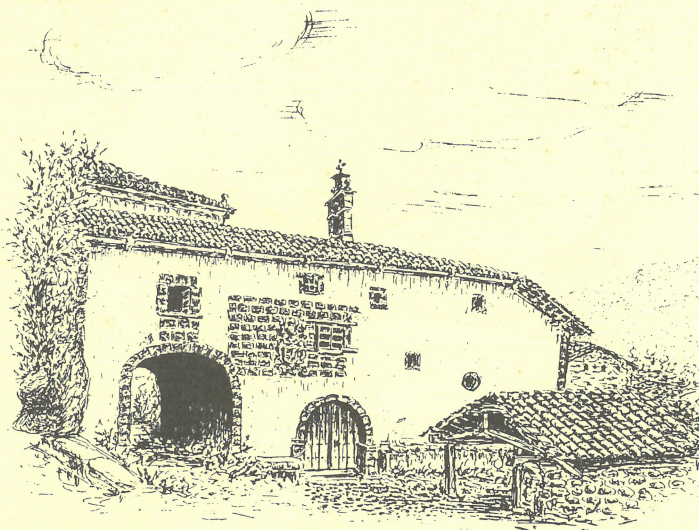


JOSÉ MARÍA DE COSSÍO Y LOS BOLOS



DIPUTACION REGIONAL DE CANTABRIA
Consejería de Cultura, Educación, Juventud y Deporte

JOSÉ MARÍA DE COSSÍO Y LOS BOLOS

PUBLICACION CON MOTIVO DEL I CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

SANTANDER 1992

PRESENTACION

MELOSA, se deja coger la bola. La mano del jugador, siempre cálida, tierna y poderosa, limpia su redondez. El chavaluco arma el último bolo caído. Sentados a la sombra de la vieja rebolla, los espectadores atienden al juego mientras charlan sosegadamente. Alguien, entre ellos, calcula en voz alta cuántos bolos ha de hacer por bola el jugador para superar la jugada anterior. El jugador busca el tiro con el pie; con sus ojos entornados y fijos en los bolos, mide la distancia con precisión segura. Los movimientos del jugador, suaves, armoniosos, en busca de la justa tensión de todos sus músculos, son seguidos en silencio. El brazo eleva la bola, que ya es una con él. Apenas unos segundos de magnífica belleza, ancestral, pura, clásica. Gira la muñeca y dibuja el brazo un amplio abanico. Alegre y risueña, bailando sobre sí misma, abandona la bola la mano de su amo y vuela dócil en busca de los bolos.

¡Cuántas veces vivió José María de Cossío momentos como éste! Los bolos; la magnífica estampa del jugador lanzando la bola, sus virtudes físicas y morales; la lucha en el juego, serena y noble; la bolera rústica, apenas definida, viejo corro de piedra, o la otra más moderna, coqueta y confortable; todo un mundo lleno de atractivo y apasionante para el hidalgo de Tudanca.

José María de Cossío amaba los bolos, era arte y parte en ellos. Nada que estuviera enraizado en las viejas tradiciones le era ajeno. ¡Cómo iba a sustraerse este “profesor de entusiasmo”, como le llamó Gerardo Diego, a su práctica, al goce de su contemplación, a plasmar en el papel las emociones que ello le producía!

Hoy, en el centenario de su nacimiento, cuando afortunadamente este deporte tan nuestro goza de muy buena salud, hemos creído conveniente agrupar varios de los escritos que con diferente motivación hizo José María de Cossío sobre los bolos. Sirva esta publicación de recuerdo y homenaje, y una su nombre con el de los bolos, que tanto amó.

Dionisio García Cortázar
Consejero de Cultura, Educación,
Juventud y Deporte

D. Legal: SA-103-1992

Imprenta:
J. Martínez, S. L.
Santander

DESDE TUDANCA

LOS ríos de Cantabria, cuando eran por su caudal naturalmente musicales, tenían en sus bordes por añadidura el donaire congénito de otro estribillo: El redoble de los bolos de madera sobre la caja, el estacazo vibrante de un emboque, el repiqueteo arrebatado de una siega, la algazara rumorosa del público a la par que la de los torrentes, que el cante matemático del chaval, la oleada de aplausos como vientos de los nogalones... nostalgias como estas no hay prodigio alguno ni canto sugestivo que nos las puedan propiciar como el juego de los bolos.

En el Patrimonio Cultural de Cantabria, como esencia hoy exclusiva de nuestra región, sobresale el juego de los bolos por su aire de elegancia y por su timbre de nobleza.

Conmemorar el centenario del nacimiento en Valladolid del escritor de Tudanca, con la edición monográfica del juego de bolos, es una celebración por partida doble. Más aún: Esta ofrenda literaria es un preludeo y un compromiso del libro inédito en preparación *Juegos y Deportes* por José María de Cossío.

La Consejería de Cultura, Educación, Juventud y Deporte manifiesta así un testimonio más de gratitud y homenaje de la Diputación Regional de Cantabria al ilustre Sr. de la Casona de Tudanca. Con esto continuamos en lo posible la divulgación de nuestro Patrimonio Literario y de la obra del escritor D. José María de Cossío y Martínez-Fortún.

Rafael Gómez Sánchez-Iglesias.
Conservador de la Casona de Tudanca

DESDE LOS BOLOS

INNECESARIO resultaría un comentario que pudiera decir algo más sobre la extraordinaria y fecunda labor de José María de Cossío y Martínez-Fortún. Por ello, me limitaré en nombre de la familia bolística a redactar unas líneas que valoren la sensibilidad y el amor de este eminente escritor, que nació en la castellana Valladolid, sintió hacia el deporte más vernáculo de nuestra tierra cántabra: los bolos.

Su afición al juego de los bolos le viene como él mismo nos dice “desde siempre por tradición familiar”, consolidándose por la impregnación de cantabrisimo que recibía constantemente al profundizar con estudios meticulosos en el alma de los escritores montañeses, lo que motivó una honda relación con la cultura tradicional que más tarde recogería y ordenaría en *“El romancero popular de la Montaña”*.

Con Cossío, los bolos se universalizan literariamente con letras de oro, significando un reconocimiento a nuestra tradición y a nuestra Cantabria. Venga pues, el homenaje a su memoria de un pueblo agradecido por ser representado onomatopéyicamente con el golpe de la bola sobre el bolo, el vuelo de la bola, la siega o la jugada del emboque.

Fernando Diestro
Presidente de la Federación
Cántabra de Bolos

JOSÉ MARÍA DE COSSÍO Y LOS BOLOS

11 APUNTACIONES DE BOLERA

13 EN LA INAUGURACION DE LA NUEVA BOLERA DE TUDANCA

19 CONVERSACION DE BOLERA

31 UN DEPORTISTA

35 RECUERDO

APUNTACIONES DE BOLERA

(En la Voz de Cantabria, 7-9-1929)

HE aquí que hemos sometido al juego de los bolos a la más peligrosa experiencia. Un juego rústico, de tradición aldeana, del que la mayor parte pensamos siempre que en él valía más el escenario que el deporte, ¿resistiría la dura prueba de encerrarle entre paredes y bajo techo y rodearle de las gradas mismas que sirvieron al público de luchas pugilísticas y peleas de gallos? La prueba ha sido decisivamente victoriosa. El juego en este ambiente ha destacado mejor sus virtudes de puro deporte, y hasta la añoranza de los rurales escenarios acaso haya sido más beneficiosa que ellos mismos para el despertar de nuestro sentimiento montañésista. Cada espectador con su imaginación ha fingido sobre los muros inexpresivos la bolera predilecta de sus recuerdos, los parajes privilegiados de su afecto; y así se ha creado una atmósfera espiritual, un ambiente de bolera montañesa más querido por ausente, más hondamente sentido por deseado.

Bueno es gozar la placidez del paisaje montañés, subrayada por el correr de las aguas y de las nieblas, pero es buen ejercicio espiritual este de atraerle con el esfuerzo de nuestro deseo y de nuestro cariño; y para no distraernos de él, como avisos familiares, los golpes secos de los bolos derribados o de las bolas al chocar con las bandas de la bolera: el puro juego sin anécdotas ni accidentes afirmando su valor absoluto de deporte.

Títulos tiene para ocupar su sitio entre los más nobles. Primero, sus virtudes negativas. No se trata de un pugilato directo en el que uno de los adversarios impone, con la violencia o con la maña, el ritmo y el tono del juego. Cada jugador, sinceramente, le practica según su saber y aptitudes e impone su técnica superior por sus meras virtudes, no por desviar o bastardear las del contrario.

Suprimida la pugna directa, la pasión del público se encauza y ennoblece,

y es la pura pasión deportiva la que prevalece. No caben ciertamente en el juego de bolos las malas pasiones que azuzan o insultan a los jugadores desde la "inconsciencia" del espectador arrebatado.

En estas columnas ha dicho "Pick" que el de los bolos es un juego clásico y conviene insistir en este concepto, virtud capital del deporte montañés. Cree alguno que lo que define tal cualidad es la serie de bellas referencias a obras escultóricas de la antigüedad clásica que en el lanzar la bola pueden encontrarse sin esfuerzo. No: el "discóbolo" es una escultura clásica, pero no posee tal virtud el acto del lanzamiento del disco. El clasicismo es ímpetu y pasión, pero disciplinados, sometidos. El no clasicismo es impulso ciego, desbordamiento de energía: cabe clasicismo en la esgrima de la espada, pero nunca lo será un a fondo desesperado.

En el juego de bolos con emboque, el lanzamiento de la bola requiere una técnica de contener definidora de su clasicismo: no es virtud la fuerza, sino la medida. De aquí su superioridad educadora sobre la barra, sobre el pasabolo, sobre todos los deportes en que es la energía puramente animal la que decide el triunfo. La escultura del discóbolo es clásica, pero no su asunto: los bolos paralelamente pueden dar lugar a una representación artística no clásica.

Pero no todo es reglas en los bolos. Aún no ha nacido el jugador que domine tan exactamente su juego que pueda garantizar el acierto constante. Este grano de azar, de suerte, es lo que ennoblece el juego al humanizarle, lo que le presta su pleno interés deportivo. Cuando en un partido la tasa de bolos es muy pequeña, aun siendo buenos los jugadores, el aldeano espectador —la cátedra del juego de bolos es aldeana— suele decir: —"Son pocos, pero hay que hacerlos". Y el fracaso en tan menudo empeño no descalifica ni avergüenza. Aún, sobre la técnica y la destreza, hay algo incoercible e indomitable que hace palpar de interés lo que parece ya resuelto y sin lance posible.

Al lado de estos puros valores de juego quedan todavía los de orden plástico, los de denuncia psicológica, los de disciplina pedagógica del carácter. El temple de jugador es punto de sazón psicológica, como lo es el de equilibrio en el diario vivir, el de serenidad y fortaleza en los peligros de la lucha, el de moderación en las peripecias de la fortuna.

Envío a Marcelino Botín.—He querido sugerir trazos para un panegírico del juego de bolos, cuya casa solariega es El Puente de San Miguel. Aunque frustrado el intento, quiero dedicarte a ti el ademán; a ti, que pudiendo sacar la bola con desahogo, románticamente, desde veinte metros, sabes "arreglar" clásicamente desde quince.

PALABRAS EN LA INAUGURACION DE LA NUEVA BOLERA DE TUDANCA

(27 de Julio de 1958)

AUTORIZADO por mi alcalde, voy a alzar aquí mi voz tudanca para agradecer a la Excelentísima Diputación Provincial la ayuda decisiva prestada para la construcción de esta bolera. Sin ella no hubiera podido llevarse a término, ni aún hubiéramos pensado nunca en resucitar el antiguo corro de bolos en este lugar. Cuando don José María de Pereda quiso situar la acción de su novela *Peñas arriba* en esta aldea, dijo que en toda ella no había más llano que la sala de la Casona. Esta gran verdad escrita en la epopeya de nuestro valle obliga a los tudancos a tener colgados sus huertos, sus prados y hasta sus hogares en auténticos despeñaderos. No podía librarse este lugar deportivo de sentencia tan general y nunca contradicha.

Colgada en esta ladera, en este mismo sitio, estuvo la vieja bolera que yo conocí, y que no conocieron la mayor parte de los tudancos que hoy nos acompañan. Era una bolera rústica y primitiva que no puedo recordar sin nostalgia. No tenía la longitud ni la holgura de ésta. Servían de paredillas enormes piedras colocadas sin artificio, que ahora han servido para cimientos. Así lo exigía la fidelidad a un destino, y así le han cumplido las que sirvieron de límite y nos ofrecieron asiento en el viejo corro. Aún no se había otorgado al juego la importancia que hoy todos le concedemos, ni federaciones ni reglamentos habían encauzado el primitivo deporte que tenía entonces la espontaneidad y la arbitraria marcha de la infancia. Infancia acaso de cientos, de miles de años, que alcanza y logra la madurez ya en nuestro tiempo, cuando el deporte, o mejor dicho, los deportes, llenan los ocios de practicantes y espectadores de ellos, probablemente con preocupación excesiva.

Se jugaba entonces con plena libertad; los bolos eran poco más que estacas que apenas podían mantenerse en pie, y sus asientos en la caja podían ser sendos *jitones* de madera hincados en tierra, no siempre equilibrados y a nivel

para sostener el bolo, o un hoyo que obligara a improvisar la necesidad en sus proximidades. Las bolas en estas aldeas eran verdaderamente de artesanía, más achatadas que redondas y hechas a azuela y generalmente la haya, por no ser fácil encontrar ni torno ni encinas. Ni los bolos eran rigurosamente iguales. Cada mozo se encargaba de preparar uno, y aunque aproximados en sus características, todavía era frecuente reclamar el que parecía más pesado para colocarle en el centro de la primera fila como más apto para intentar el emboque.

No eran así las boleras que en Santander y en las villas o ciudades más importantes servían para el juego, pero los de estas montañas necesitaban llegar acaso hasta Puente San Miguel, legendario solar de este deporte, para encontrar una que se aproximara a lo que hoy exige el empaque del juego. Allí, y en Torrelavega y Santander, empezaron los Roviraltas y Mallavias a mostrar las posibilidades espectaculares del noble juego montañés, espectáculo no multitudinario ni de masas, por dicha, sino recogido y recoleto, al aire libre y bajo la sombra de unos árboles; espectáculo casi *di camera* en el que tanto como el juego entraba en el disfrute la sombra sonora y regalada, el paisaje montañés familiar y nunca aprendido del todo, la concurrencia amiga de convecinos, o de forasteros tan conocidos como los mismos naturales del pueblo. Los golpes secos de las bolas y el terremoto y catástrofe de los bolos interrumpían un momento la conversación para que la vista siguiera la trayectoria de las unas y la enzarzada ruina de los otros, y el lance afortunado tenía el comentario, casi siempre estereotipado, sabido de todos y siempre celebrado y reído.

Salvo en concursos muy sonados, el ambiente y los espectadores apenas han cambiado, y el carácter y marco del deporte de los bolos sigue siendo muy parecido. Pero hoy se escrupuliza en sus lances infinitamente más que entonces, y la bolera y todos los elementos del juego exigen unas condiciones y una precisión que dichosamente han elevado el elemental deporte a consideración muy distinta. Y ello muy principalmente por la destreza de los jugadores. Estos podrán pasar inadvertidos en la ciudad o fuera de la Montaña, pero en las villas y en las aldeas donde este deporte se practica son conocidos, discutidos y justipreciados hasta en las más recónditas virtudes de su juego y en los más leves defectos de su estilo. No es ciertamente la popularidad del gran torero o del gran futbolista, pero es otra popularidad más íntima y entrañable que hace sonar entre nosotros los nombres de Peña Castillo, del Astillero, de Casar de Periedo o de Bielva, antes ignotos en la geografía deportiva, con ecos victoriosos confinados antaño en el casco urbano de cada pueblo.

En esas aldeas escondidas y en esas boleras que parecían muchas veces más un accidente natural del terreno que un lugar preparado, y mucho menos

cuidado, para el juego, se escondían las semillas de lo que hoy es el deporte aldeano más popular y querido. Y como nacido en terreno agreste y montaraz, siempre tendrá un carácter rural, y se extrañará de verse confinado entre muros de edificaciones ciudadanas, y se aturdirá con el ruido de la ciudad filtrándose a través de ellos, recordando el manso ruido del viento entre las ramas o el rumor innumerable del río lamiendo la cerca de la bolera.

Estas circunstancias le han proporcionado no tan sólo ese carácter, sino muchas de sus virtudes como ejercicio y como deporte. El hombre de estas montañas es lento en pasos y proceder. Ha tenido por maestro del ritmo de sus movimientos la pareja de bueyes ante la que tiene que andar, que resbala con digna lentitud por camberas y carradas del monte, empedidas por piedras y rejeles. El juego de bolos tiene por ello de todo menos de apresurado o violento. Despacio se toma la bola en la mano, se fija el pie en el tiro y se dispone el brazo al lanzamiento. En ningún momento del juego se abandona el paso de andar, y todo puede suceder en una bolera menos carreras y saltos. El aristocrático deporte del golf, ejemplo incomparable de sosiego, del que la Montaña queda un rudimento rural, ya arqueología lúdica, que llamamos la *brilla o cachurra*, debe ser en sus efectos como ejercicio corporal muy semejante a los bolos. Jugando a éstos se pasea, aunque en reducido recinto, como en el golf, en recinto mucho más amplio y la destreza para lanzar la bola y el esfuerzo para hacerlo deben pertenecer a la misma saludable gimnasia, pese a que en uno se hace a brazo libre y en el otro con bastones de estudiada aptitud en previsión de los accidentes del terreno, o de la intención y carácter de la jugada. En el golf, este instrumento colabora en el impulso con que se hace el lanzamiento de la bola, mientras en los bolos, siendo mucho mayor y de más peso, tan sólo es el vigor natural el que actúa sin ayuda ninguna.

Otra circunstancia tiene nuestro juego que merece ser comentada, y es la de ser deporte individual y no de equipo. Cierto es que juegan partidas de dos o más contra otra del mismo número de jugadores, pero los esfuerzos de éstos se suman, mientras en los juegos de equipos se combinan. En la bolera cada jugador responde de sus actos. Y en ello veo otro rasgo característico de la Montaña: la insolidaridad, el individualismo que ha proporcionado el triunfo de los montañeses, el de nuestros escritores y soldados, el de nuestros indios y jándalos, pero que no nos ha permitido comparecer ante la Historia con una gran empresa colectiva. El gran jugador no tiene necesidad de quien le ayude: el jugador tan solo discreto dentro de un equipo podría rendir eficazmente, pero en la bolera no tiene nada que hacer, si no es resignarse al mediocre resultado de su esfuerzo.

El carácter realista, la naturalidad sería mejor decir, que no es privativa del montañés, sino de todo aldeano, se trasluce también en el juego. En la

bolera son innecesarios disfraces deportivos, calzones cortos ni camisetas, defensas ni cascos. Tan sólo se despoja el jugador de las prendas (chaqueta, corbata, chaleco) que la civilidad ciudadana ha impuesto, sin añadir otra alguna. Bien asentado de pies y suelto el brazo ha de consumir su faena a cuerpo limpio, sin más instrumento que la bola que apenas abarca la mano dispuesta para el saque.

El lanzamiento de las bolas es el lance culminante del juego. El momento es de una belleza y gallardía que postulan la calificación de clásicas. El discóbolo de Mirón puede servirle de canon. En tensión todos los músculos, sirviendo al esfuerzo de la tirada, levemente inclinado el torso, suelto el brazo que gradualmente se extiende hacia atrás y aun supera la altura de la espalda encorvada para lanzar la bola desenbarazadamente, disimulado el esfuerzo, sin perder una pulgada del punto justo del tiro al recobrar la posición erecta del cuerpo. Pero no es tan solo la armonía, el ritmo nobilísimo de la esforzada acción, la compenetración de la fuerza y habilidad en señera maestría lo digno de anotarse, sino el dominio del acto que ha de permitir imprimir a la bola en el mismo momento de soltarla un impulso que, como pequeño planeta, la haga actuar con doble rotación, la del efecto con que sale de la mano y la parabólica que ha de llevarla a la caja de los bolos. Ni el lanzamiento del peso, de la jabalina o del disco tienen la dignidad del lanzamiento de la bola. Porque no se trata de una prueba predominantemente de fuerza, servida naturalmente por la maestría, sin más finalidad que comprobar la fortaleza del brazo y la eficacia del estilo: aquí la bola puede decirse que parte animada por la voluntad del jugador, y que porta en su viaje sus intenciones al complejo empeño de derribar los bolos, cuando no de alcanzar el premio del casi inasequible emboque. La bola parece animarse como si circulara de nuevo la savia entre sus vetas para ser el mensajero fiel de quien sabe mandarla.

Pero aún tiene una compensación la falta de fortuna en esta primera y esencial parte del juego: el birle. La habilidad en él es acaso menos distinguida, y la malicia, la astucia, pueden compensar otras nobles virtudes deportivas. Aquí es donde el cálculo de la fuerza y de la precisión del golpe en el lugar en que se pega al primer bolo, y el efecto de la bola, pues tirar una bola aún en el birle es lo menos parecido a lanzar una piedra, son la garantía del éxito. "Medias bolas y apretar es el juego del billar", afirma un viejo adagio del noble juego de las bolas de marfil: medios bolos, o cuartos, y aún fracciones menores de bolo, son el secreto de que el primero tocado sea colaborador eficaz en la gran jugada derribadora.

A veces, dichosamente, la bola queda tan próxima a la caja de los bolos que consiente el lance de llamamos la siega. Y aquí nos sale otra vez al paso con tan clara alusión denominadora del carácter fundamentalmente aldeano

del juego. Guadaña la bola y asta el brazo, evocan la faena veraniega de los prados que a la vista del jugador muestran en este tiempo, por estas alturas, su esperanzado color.

Con el nombre de juego de bolos y con trebejos semejantes, se designan variedades que nada tienen que ver con el juego montañés, y siempre con notoria ventaja de éste. Ni el pasabolo castellano, en el que la fuerza juega el principal papel para aventar lejos el bolo; ni la variedad asturiana con bolas más pequeñas y sin birle; ni la leonesa con medias bolas que lanzadas fuera de la caja de los bolos han de penetrar en ella en virtud del efecto que se las imprime; ni siquiera el juego de *bitllas* catalán, ni mucho menos el americano que ha llegado a nosotros para ser jugado con luz artificial en locales destinados a la bebida, cuando no a la solicitud galante. Las características de nuestro juego le distancian infinitamente de éstos.

Obra trascendental dentro de su aparente sencillez es el proporcionar campo adecuado a este juego en estas aldeas. Ello ha de fomentar la afición por dicha muy viva en toda la Montaña y Dios querrá que logre la finalidad educativa en que el deporte funda su utilidad y su nobleza. Y sobre todo, intensificará el amor a esta manifestación de la cultura popular. Porque aunque el aldeano que practique este juego no lo sepa, existe un tipo de cultura transmitida tradicionalmente, de la que este y otros juegos son clara manifestación. Ella es tan digna de ser fomentada y estudiada como la que antonomásicamente lleva tal nombre en medios ciudadanos. Tal cultura, como la superior, tiene su lugar específicamente propio del ocio. Hay que llenar dignamente ese hueco de la vida del trabajo, que tal es la misión de toda cultura. Llenarle con un ejercicio noble y sano, transmitido tradicionalmente por generaciones y generaciones de hombres de nuestra tierra que han habitado las mismas casas que habitamos, que han retenido en sus ojos el mismo paisaje que ahora contemplan nuestros ojos y que les han cerrado para siempre aprisionándole en ellos con el último rayo de luz, es misión bien digna de que quienes puedan servirla la sirvan.

Yo sé que esta es la razón por la que hoy se congregan en este rincón montañés tantas ilustres personas, a las que acaso no hubiera congregado motivo, al parecer, más trascendental. Pero las apariencias engañan, y este acto sencillo y rural tiene la significación insigne de homenaje entrañable a nuestro linaje montañés, a nuestra tradición y a nuestra tierra.

CONVERSACION DE BOLERA

Conferencia leída en el Ateneo de Santander
el 10 de octubre de 1960).

POR una parte, y pese a lo conspicuo del lugar y a la calidad de los oyentes, no me siento ni preocupado ni cohibido al actuar con apariencias de conferenciante. Esta conversación de bolera no ha de tener nada de empaque, ni en ella quien lleva la voz, no cantante, sino confidencial y llana, tiene la conciencia de que no es por género alguno de superioridad en el saber por lo que la lleva, sino, a más de por designación cariñosa de quienes entienden en este mundo de los bolos, por no ceder a nadie en entusiasmo y cariño por las tradiciones montañesas. Entre ellas ocupa lugar preeminente, y el primero entre las deportivas, este juego tan humilde, que nunca había aspirado a la categoría de espectáculo, pero que, incitado sin duda por el ejemplo de otros de mucha menor raigambre, ha sacudido su timidez y se ha presentado en público, atrayendo no por fortuna a las masas, pero sí a número suficiente de devotos, que han obligado ya a sustituir las piedras, o acaso los troncos, de las cercas de las boleras por la gradería de los campos de juego suficientes para alojar a número de entusiastas espectadores, que se atreve a las cuatro cifras.

Esta evolución y crecimiento de la afición a los bolos ha sido obra de pocos años. Cierto que ya ha adquirido altura la columna en que se consignan los nombres de los campeones que anualmente conquistan tal título, pero los de mi tiempo recordamos el en que aún en las boleras más prestigiosas y en las partidas de los ases de entonces se congregaba tan sólo el módico concurso de cuantos cabían sentados en su cerca, con más curiosos inquietos que de pie avizoraban los lances del juego detrás de aquéllos. Tenía ésta ya sus apóstoles, pero su predicación, como todas las de las cosas sencillas que han de ser trascendentales, se hacía ante auditorios reducidos y humildes, y de viva voz, sin más que, acaso, el ejemplo de los jugadores y la invocación de casos o acaecimientos próximos.

El crecimiento de los públicos, la atención a la parte técnica del juego, la categoría del lugar de la clasificación que se alcanzaba en los torneos hizo que se prestara atención a las circunstancias de los desafíos que habían de parar en concursos, y la frecuencia de éstos y el interés en aumento de sus lances y controversias, que se buscara unificar cuantos se verificaban en las distintas boleras, hasta llegar a la organización actual, modelo de seriedad, dedicación y tino en los menesteres todos relacionados con el juego.

Había entonces campeones de esta o la otra bolera. El fomento de tales concursos interesaba especialmente a los propietarios de ellas, o a los proveedores, si no había propietario, del vino indispensable para recuperar fuerzas en el ocio forzado de los contendientes y, sin que vea razón pareja, en el gacinate injustificadamente seco de los espectadores. La vocación dispersiva e insolidaria de los españoles, y los montañeses somos exponente máximo de tal condición, hacía difícil unificar tales competiciones, y el prestigio máximo había de conquistarle el campeón de esa región privilegiada de las Asturias de Santillana y tierra de La Vega, que tenía como nombre singular más expresivo en de Puente San Miguel. Aún se rinde este homenaje sentimental a esta supremacía, que el recuerdo tan sólo de don Darío Gutiérrez justifica, y en todas las boleras, incluso en las muy distantes de tales lugares, nombres familiares en tal reducida zona sonaban bien sabidos por todos; y así, al cerrarse una bola a un jugador, siempre exclamaba alguno: “¡Cerrazo!”, sin que faltara otro que dijera, y cien que pensaran, “¡Y después, Villapresente!”. Hasta tal punto parecía unida esta local y reducida geografía a los bolos.

Pero toda la Montaña era escenario del juego aldeano. Y este calificativo creo que es el que mejor le cuadra. Podrá trasplantarse a la ciudad, y en Santander y en Torrelavega y en todas las de nuestra provincia se ha jugado siempre, pero entre el tráfico ciudadano ha venido siendo como un oasis en el que esperamos oír no cómo acaecen los ruidos del tráfico ciudadano, sino el chirriar de los carros por los caminos y el son del viento entre los árboles montaraces nunca más añorados.

¿Pero qué juego es este que tan desinteresados entusiastas congrega y que apasiona en el término justo que debe apasionar un juego? ¿Qué relación se establece entre el público y los jugadores y de qué casta es ella? Hacia estas sugerencias del juego querría dirigir hoy la vista y la palabra, y si fuera tan dichoso, descubrir en él algunos de los rasgos de nuestro ser y carácter de montañeses. Porque si es cierto que lo más valioso de él debemos vincularlo a metas más importantes, las de nuestros ocios no son indiferentes y acaso sean más expresivas que otras, al parecer, más elevadas.

Lo primero que debe notarse es que el juego de bolos tiene una tradición inmemorial, y uso esta palabra en su estricto sentido de no poder intervenir la

memoria, ni la nuestra particular, ni la de documentos o testimonios que no creo que existan, para fijar fecha en que empezara a jugarse. No quiero, pues, decir que no hay memoria de su origen por antiguo, sino simplemente que no hay memoria de él. Tan humilde debió considerársele que no ha merecido, a lo que se me alcanza, una investigación formal de sus orígenes. Pero en una forma u otra puede creerse que su origen es remotísimo, pues su esencia reside en un quehacer típico del hombre primitivo y ciertamente no menos querido del hombre civilizado: el placer de derribar. Se diría que los objetos enhiestos han tentado al hombre desde sus orígenes a volverlos a su horizontalidad sobre el suelo. Una ansia de igualdad parece haber movido siempre a los humanos. Lo que sobresale, lo que se yergue sobre el abatimiento de los demás ha sido blanco siempre y víctima de esta dañada tendencia de los hombres. Derribar ídolos, misión cumplida con puntualidad y destreza digna de mejor empleo. Lo físicamente erguido tienta al niño a abatirlo, y si construye con piezas o chirimbolos algún simulacro de edificio es por el placer de derribarlo. Son infinitas las maneras puestas en acción para este fin, y el bolo con su aire de idolillo impertinente, que acaso empezó por serlo, juega papel importantísimo en todas las maneras de diversión de los niños y de los mayores. Porque también los mayores han sentido ese placer, y en juego en el que el choque, otra de las formas capitales de la diversión, es lo esencial, como en el billar, han inventado la modalidad de los palos o chapó en el que la bola, como colosal roca desprendida que allana un edificio, barre los bolillos o palos con fuerza incontrastable. Y no sé si es la habilidad del lance lo que se festeja, o el espectáculo de asolamiento de los palos rodando sobre el verde paño. Con gracia e ingenio inimitables lo canta Gerardo Diego en su Oda a los bolos:

*Y a la hora de la siega, ni en Tembleque
de Sancho Panza se arma tal retruque,
tal trigonometría y jeribeque.
Un mástil sólo en pie le quedó al buque.*

¿Qué atracción tuvo para el hombre primitivo, y sigue teniendo para el que llamamos civilizado, este afán derribador, este dejar en raso lo enhiesto y levantado? Vivencia de tal prurito ancestral debe ser nuestro juego. Nada está más lejos de la significación que atribuyo a lo esencial de su objeto que la intención y el goce del jugador actual. Pero, sin duda, este común denominador de tantos juegos hubo de tener en su origen, y este primario placer regir su desarrollo. Notad que no existe, que yo sepa, juego en el que los hombres se hayan propuesto el fin contrario: hacer pasar las bolas entre las calles sin tocar ninguno de los erectos trebejos. Cuantas variantes se conocen de nuestro juego persiguen el

mismo fin, si ya no es, como en el pasabolo, acompañar la caída con el simultáneo lanzamiento lo más lejos posible. En los bolos, el placer de derribarlos es misión del jugador; la de armarlos, de un chicuelo asalariado, o que por pura diversión o, mejor, ambición de llegar a ser jugador, entra tan subalternamente en el juego. Y no es razón suficiente la de lo cansado o molesto de tal oficio. Yo he oído decir a muchos jugadores que el que no es buen armador no es buen jugador. He sospechado que lo decían por animar al compañero para la ayuda, mas quede esto aquí, porque acaso sea verdad y sincero el decir.

Pero quizá convenga alguna reflexión más sobre este hecho. Y la primera, que en otros deportes el derribo es también esencial. Y pienso, sobre todo, en la caza. El ave que vuela o la alimaña que corre por el monte ha de ser derribada, de caer herida o muerta, para que el lance sea perfecto. Y el goce total no se produce sin esta condición. Sociedades Protectoras de Animales propusieron una variante de la caza en la que en vez de disparar el rifle o la escopeta aconsejaban disparar el obturador de una máquina fotográfica y lograr una fotografía de la pieza. Creían que era una manera de cazarla suficiente. La indignación de los cazadores (la propuesta se hizo, naturalmente, en Inglaterra) fue instantánea, y nuestro gran Ortega y Gasset ha dedicado al caso páginas de las más agudas que sobre la caza se hayan escrito.

Naturalmente que este instinto primario tiene una razón para perpetuarse en este y en otros muchos deportes, ya que lo esencial es que esté regido por la destreza del jugador. Y aun como tal instinto, es de una inofensividad absoluta, tuviera la significación que tuviera en su origen. Pero esta destreza, indispensable para el jugador, ha de tener un complemento en la fuerza. Y henos aquí ante uno de los elementos indispensables en todo deporte al aire libre.

El cultivo de las facultades físicas es preciso en este como en tantos juegos. Pero no se trata de formar seres hercúleos, ni es este juego de colosos, sino que la plenitud de tales facultades, según la complexión de cada uno, debe estar a punto y en pleno rendimiento para el juego y ser suficiente para practicarlo. La habilidad, la destreza, como queramos llamar al arte de bien gobernarlas, tiene como requisito el disponer de ellas en su plenitud. ¿Quién duda que los baches que en tantos jugadores extraordinarios hemos notado no han dependido de una baja en su forma, que siempre en éste, como en todos los deportes, es su forma física? Y he aquí que, como de refilón, se nos presenta un aspecto de este deporte muy digno de que en él paremos la atención. Los jugadores de bolos, aún los más eminentes, no han sido nunca propiamente profesionales. Sus medios de vida han sido siempre distintos e independientes de esta habilidad. Cumplen a la perfección con la almendra semántica que el vocablo deporte lleva consigo, y a la que el Diccionario de la Lengua da el preciso sentido de "recreación, pasatiempo, placer, diversión o ejercicio físico". Y notad que esta acepción de "ejer-

cicio físico" se atribuye al deporte, no a su preparación ni al rudo entrenamiento que un ciclista o un futbolista, por ejemplo, han de ejercitar como precedente indispensable de su actuación deportiva. Lo que en los bolos se llama entrenamiento no es sino jugar con frecuencia y sin responsabilidad, y es recreo tan calificado para el practicante como el propio juego espectacular de los concursos.

Bien me temo que, como en otros deportes acaece, los que ya no sirven para jugar inventen un cargo retribuido de entrenadores, y aun mareen a los jugadores con sus consejos y ocupen su tiempo y justifiquen sus emolumentos con esta preparación previa. Viendo estoy en el futuro sesudos artículos sobre las tácticas en los bolos, y aun cotizarse el nombre y los servicios del afortunado que logre tener bajo sus supuestas enseñanzas al jugador genial. Y si las tácticas no, pues este juego carece de ellas, salvo en el graduar la situación del tanteo, sí tentar la enseñanza de la técnica del lanzamiento de la bola, o de la manera de lograr mayor eficacia en los efectos y maneras de intentar el emboque o hacer más eficaz el birle.

La conquista de estas técnicas deportivas por vía especulativa, y no práctica, es de los fenómenos más pintorescos (y picarescos) del actual deporte, y más en los que por sus ingresos prometen mejores perspectivas económicas. Un montañés de origen, don Francisco de Quevedo, fue en un tiempo el implacable demoledor de cuantos embelecados técnicos se acumulaban en el noble deporte de la esgrima, y supo colmar a los Pachecos y Narváez de su tiempo de ridículo y aun probó en la práctica la verdad de su escepticismo, midiéndose ventajosamente con alguno de estos *entrenadores* de entonces.

No creo que corra este riesgo el deporte de los bolos, pero contra él debemos prevenirnos. Ya que su potencialidad económica no consienta hoy pensar en tales beneficios, debemos estar muy alerta contra la pedantería de sus cronistas, pues este ha sido siempre el camino de penetración más peligroso para quien intente su intervención en el laberinto de la técnica.

Meritorio es el intento de encauzar la afición de la juventud, y aun de la infancia, y enseñar los rudimentos técnicos del juego. Ello cabe, y si son ciertas mis noticias, se practica ya, y con competencia y éxito notables. Es labor de preparador y ésta en todo deporte es conveniente. Pero de ahí a constituir en un pedantesco galimatías el claro juego de los bolos hay distancia que no debe intentarse ser cubierta. Vaya mi aplauso para estos preparadores de la juventud, y para todos el aviso del riesgo, y mi congratulación por la discreción y el tino que los relatores en la prensa vienen empleando en este aspecto.

Técnica indudablemente tiene este deporte, pero las distintas condiciones físicas de los que le practican y la distinta visión de su finalidad y de su expe-

riencia intransferible hace que tal técnica sea puramente personal y adaptada a tales condiciones, sin que, en términos generales, pueda dictaminarse dogmáticamente sobre el modo de trabajar la bola o sobre la visión de un birle de esquina. La habilidad para habérselas dichosamente en cada lance, que no quiero llamar técnica, es intuitiva y debe disponer de todas las energías del jugador, las naturales, como dije, de su complexión, sin deformarlas con intento de normalizar esfuerzos excepcionales, ni sin tener pendientes la vida y costumbres del jugador del próximo partido. Me parece importante el no imbuir ni en el practicante ni en el público la idea de que una dedicación exclusiva y agotadora al juego sea necesaria ni aun conveniente para practicarle con fortuna. No, la vida, queridos jugadores, no puede estar supeditada a la diversión o el deporte. Deben situarse las horas del trabajo y del juego, de la preocupación y del reposo con cautela y razón. Y el propio juego de los bolos proporciona ocasión del graduar estas necesidades y estos deseos.

Una de las grandes ventajas de este deporte es la de que el trabajo no es continuo. Tras cada tirada, y aun tras la tirada de cada bola, se concede un vagar al jugador. No es de total reposo. En las boleras se anda mucho más que se juega, y este caminar a la sombra de los árboles, al aire libre, siendo espectador el que juega de la labor de sus compañeros, alivia la fatiga y restaura la fuerza y el humor. Pensad en el denodado esfuerzo de la carrera manteniendo la posición y tratando de mejorarla sobre los demás en violentísima pugna. En la bolera cabe todo menos el correr y el saltar. La lentitud debe ser el signo bajo el que se desarrollen las contiendas. El hombre de estas montañas es lento de andadura y de ademanes. Ha visto desde niño erguirse agriamente las laderas ante su paso, y acaso ha caminado horas, muchas horas, delante de los bueyes uncidos a la carreta, inmejorables maestros de seguridad y lentitud. Pero como si esta manera de proceder no fuera suficiente, aún reserva el juego la facilidad del descanso en lo que tiran los demás jugadores, compañeros o adversarios, y el dirigirse a la bola para el birle ha de ser acto parsimonioso y solemne. No son necesarios entrenamientos apurados, ni aquí se miden por minutos los partidos, ni es problema el llegar al final tan desahogadamente como se estaba al principio. Se llega porque nada se hace violento, que impida conservar tranquilo el respirar y holgado el movimiento. A esto es a lo que siempre, en lo físico y en lo moral, se ha llamado serenidad.

Este sosiego de juego le presta un carácter ejemplar. No es de buen jugador el mostrar patente el esfuerzo de la jugada, si alguna vez le exige. El lanzamiento de la bola desde el tiro, especialmente si este es largo, exige un esfuerzo evidente, aun en el más forzado jugador. Pues bien, el mérito no sólo artístico, sino incluso reglamentario, de tal acción es disimular lo trabajoso de ella. No es ya que se muevan tan sólo el torso y los brazos, estando prohibido que las piernas

cambien de lugar, sino que lo artístico es que sirvan tan sólo de sustentáculo firme del actuar del brazo, prestando a la tirada esa serenidad clásica que tan sólo proporciona la quietud. El que en el toreo se estime como un defecto el mover los pies no obedece tan sólo a que el lance en que no se para sea poco artístico, sino en tanto grado en que acusa una ventaja punible. El torear, como lanzar la bola, exige la quietud, y uno y otro son lances para parar.

Este disponer en plena salud deportiva de cuantos recursos físicos puede proporcionarnos nuestra complexión fisiológica, y no se exige más que la habitual, es indispensable para el deporte, porque este supone como experimento involuntario, pero ineludible, el constituirse en prueba incontestable de nuestras posibilidades ante uno mismo, lo que por preocupación o convencimiento de la humanidad ha sido siempre motivo de satisfacción para el sosegado por la prueba. El medirse uno a sí mismo en este campo de las propias posibilidades ha sido siempre motivo de euforia y orgullo para todos los hombres.

En el mundo moral fue siempre apotegma y aspiración dogmática el “conócete a ti mismo”, que viene resonando en todas las filosofías desde las más arcaicas. Pues bien, en el mundo físico el conocerse a sí mismo es intención más o menos oculta, pero que siempre acecha en el deportista, y el recrearse en este conocimiento, si el resultado es satisfactorio, uno de los deleites mayores que el deporte puede proporcionar. No creo que tenga otra razón de ser el arriesgado alpinismo. La satisfacción de proponerse una meta y lograrla, de cerciosarse de la propia resistencia y conseguirlo, de autoevidenciar su habilidad o su fortaleza es el móvil, quizá no discernido en muchas ocasiones por el empleado en el deporte, pero fundamental para su práctica. Yo he pensado siempre que el sentimiento que proporciona la derrota en la lucha, la carrera o el juego responde precisamente a la comprobación de que las aptitudes propias habían sido valoradas falsamente, y que las cualidades que debían llevar al triunfo quedaba comprobado que eran inferiores a lo que cada uno pensaba de sí mismo. Y este sentimiento, aunque no como experiencia propia, pero sí como error de apreciación, es lo que nos lleva a los espectadores a juzgar apasionadamente del resultado final de la prueba, porque comprobamos que nuestra inteligencia de ella era menor de la que creíamos, lo que nos induce a cargar el resultado a agentes imprevisibles y no a nuestra propia equivocación.

El deportista se mide a sí mismo y se conoce, o mejor aún, se reconoce cada vez que practica su deporte. Y por ello obedece a una nobilísima consigna recomendada desde los filósofos presocráticos y tan útil para la instrucción íntima como para la conducta. Esta lección de conocerse a sí mismo en el campo, de valorar con precisión su agilidad, su fuerza y su destreza, debe estimarla en mucho el deportista y servirle de norma para sus intentos y desempeños. Pero todavía en los casos en que la pugna se establece directamente, en la rapidez de

la carrera, en la destreza ante el equipo contrario, hasta en la callada meditación del ajedrecista frente a su rival, el éxito de cada uno está mediatizado por la rapidez, la destreza o la meditación del contrario. Ello condiciona en estos casos nuestro proceder, y tanto como el error de nuestras posibilidades influyen las posibilidades del contrario. En los bolos, el mecanismo de este examen propio es diáfano. En la bolera nadie impide que cada jugador desarrolle lo más que puede desarrollar de su juego. Nadie marca, replica, incita o burla al jugador. La experimentación de nuestra valía, el examen de nuestra propia actuación no está interferida, estorbada o desconcertada por nadie. Y ello hace que en el momento de la meditación tan sólo a nosotros mismos podamos atribuir nuestro error de cálculo y a nadie sino a nosotros mismos podamos imputar que el experimento de nuestras posibilidades deportivas haya dado un resultado negativo. Claro es que el juego del contrario pudo ser mal calibrado, pero podemos tener la seguridad de que nuestro rendimiento no ha sido perturbado por nada ajeno a nosotros mismos.

He aquí uno de los elementos formativos del deporte más importante. El que se dé cuenta de su trascendencia y le aplique no sólo a su vida deportiva sino totalmente a su vida, habrá obtenido la lección más eficaz y más útil que puede aspirar a recibir. Ahuyente la idea de que una suerte ciega actúa sobre su labor. Atribuir a elementos improbables y aleatorios el éxito o el fracaso es tratar de engañarnos a nosotros mismos. Don Quijote siempre atribuyó sus derrotas a los encantadores, y la vocación española, puesta de resalto todos los días, de nuestros deportistas y seguidores es atribuir los resultados adversos a la suerte, cuando no a errores de arbitraje o defectos de terreno, que no se considera que alcanzan por igual a todos los jugadores.

La trascendencia de estas consideraciones es incalculable. Pensad que, por lo dicho, en pocas cosas se empeña el amor propio como en el juego. El pesar por el error, que he señalado, puede ser la causa más hiriente de su sufrimiento. Pero acaso, si hay otras, no son sino secuela de ésta o acaso disfraz de ella. Se invoca frecuentemente el amor propio, sin considerar que concepto tan confuso, que lo mismo se mienta para explicación de las grandes acciones que para disculpa de las mayores vilezas, es el motor de las reacciones en el juego. No disfracemos con palabras lo que en el fondo no es sino error de medida de nuestras posibilidades, tropiezo con la verdad de que son más limitadas de lo que suponíamos, en el fondo reacción contra nosotros mismos por nuestra equivocación o acaso inquietante sospecha de nuestra falta de percepción inteligente. Aquí sí que el subconsciente, que tan sin ton ni son suele invocarse, tiene indudable lugar y acción.

En honor del juego de los bolos debe proclamarse que es en él donde menos tiene lugar estas filosofías, y dichas quedan algunas de las razones para que así

sea. Los bolos son el sedante más eficaz, y las circunstancias en que se celebran las partidas lo abonan. Ni grandes ruidos ni multitudes apasionadas aturden o incitan a los jugadores. La bolera siempre es lugar apacible, abierto a un cielo más veces malancólico que luminoso, entre árboles y a la vista del paisaje familiar de la aldea. Para los jugadores que por su dichosa habilidad recorren las boleras de toda la provincia, todas en lo esencial deben brindarles parecidos accidentes y perspectivas. Los lugares en que tiene mayor arraigo espectacular este deporte son valles bajos de la Montaña, próximos a la costa, o, si alejados, apacible y ondulando su paisaje, arbolado con opulencia y jugosos sus verdes y sus grises. En valles más altos varían los accidentes, pero la paz y el ambiente no son distintos. Los aficionados al juego, espectadores y muchas veces participantes, son siempre labradores y ganaderos, sin que su aspecto e indumentaria se diferencien de unos a otros lugares, incluso con la obligada intervención del señor rural y algunos más, con su traje más calificado, así como la de algún mozo dominguero, sin que falte la austera mancha negra de la sotana de algún sacerdote, furibundos aficionados ellos y en su mayoría excelentes jugadores, diplomados de las boleras de Corbán. Si algún ambiente opuesto en todo puede suscitarse, éste sería el caleidoscópico y multicolor de una plaza de toros, o el abigarrado, berreante y obstinado de un campo de fútbol. El contacto con la Naturaleza humaniza cuanto a ella llega. Yo he seguido en una ocasión las peripecias de una de esas que llaman *vueltas ciclistas*. La salida de la meta, sobre todo en ciudades populosas, era un apiñamiento desordenado de gente, confundida en una curiosidad ruidosa, entre calles o en paseos públicos. Y el paso por éstos o aquéllas de la caravana un flamear de pañuelos y un competir de voces aturridor y vehemente. A medida que se perdía de vista la ciudad sentíamos que nos alejábamos no sólo de su ruido, sino de lo que ella representa de afán insatisfecho y trajín alucinado. Ya en plena campiña, el silencio parecía sosegar el ánimo de los corredores y la paz del paisaje imponerse a la pasión. La llevaban, sin duda, represada los participantes, pero al cruzar el silencio de la carretera sin más espectador que algún aldeano indiferente o algún pastor complacido, lejos de las pasiones ruidosas de animadores y partidarios, parecía que asistíamos a una tranquila excursión campestre en la que cada ciclista llevaba en el lugar de repuesto la merienda clásica, seca y fría, que habría que rehumedecer y consumir junto a una fuente. Toda la pasión perdida en la paz del campo volvían a recuperarla al vorver a pasar por las cercanías de alguna ciudad o pueblo mayor, que la encendía como el fuego a la mecha, y volvíamos al incómodo de encajar nuestra sensibilidad en un ambiente de competición dura y lucha extremada.

En el juego de los bolos, el ambiente campesino da el tono y el ritmo. Al enardecimiento del espectador de fútbol o de toros sucede la complacencia ordenada y juiciosa por la jugada feliz, o el gesto de desengaño y moderada contrariedad por el fracaso. Hasta la sangría, o el vino, que circula por el corro parece

olvidar su función animadora para convertirse en cómplice benévolo de este sosegado deporte.

El juego entre aficionados, fuera de concursos y competencias, es además escuela de libertad y de candorosa malicia. En el juego libre, el poner la raya y proporcionar el contrario la distancia del tiro; el conocimiento del juego y los jugadores para decidir si ha de ser colocado el emboque *al pulgar* o *la mano*; los prudentes límites en que estas condiciones se practican, que llegan a provocar festiva protesta ante el tiro desmesurado, la raya excesivamente alta o el emboque desproporcionadamente abierto, representan muy bien la libertad de iniciativa del ciudadano, y la moderada coacción de la opinión pública en sociedad bien avenida, mucho más eficaz que la presión exigente y sin tino que provoca la reacción violenta del jugador y la demagogia peligrosa del público, que tan a mano tiene la taberna.

Pero todas las sugerencias morales del juego y todo lo favorable que para ellas es el marco en que se desarrolla importa mucho menos que el juego en sí, y de éste se debe hablar.

Todo juego tiene, como condición precisa para serlo, dos indispensables: la inutilidad de su fin y lo inadecuado de sus medios. Precisamente el juego es actividad que tiene su fin en sí misma. Si hay algo que pueda servir como imagen o símbolo del desinterés, ese algo es el juego. Hay una frase en castellano muy repetida y que bien considerada carece de sentido. Y esta frase suele aplicarse con demasiada frecuencia al juego. Se dice que se juega por "matar el tiempo". Esto no es verdad. Se juega, como se hace todo en la vida, por emplear el tiempo, que es todo lo contrario. Al tiempo no se le mata. En sus brazos vamos muriéndonos todos sin que nos ahorre un minuto en esta su labor exterminadora. Quiere decirse con tal inexactitud que se trata de un empleo del tiempo sin finalidad práctica, y este adjetivo es el que necesitaría explicación, pues los minutos o las horas que empleamos en nuestra propia satisfacción son bienaventuradamente empleados. Pero es verdad, por fortuna, que el juego no entra en ese terreno de realidades prácticas que el dicho común sobreentiende. Es ciertamente indiferente para la marcha del mundo que se consiga un emboque, se sieguen siete bolos o se gane un torneo. Y más indiferente la finalidad de contabilizar bolos derribados o emboques logrados. Lo que acaece en la bolera, y por eso es juego, es incongruente con todo fin práctico. Lo mismo sucede con el traspasar una meta con un balón o lanzar una pelota hacia un agujero con un bastón de golf.

Esta es una de las ejecutorias de nobleza del juego, pues en cuanto ello fuera útil o práctico dejaría de ser juego para convertirse en oficio. Sin duda, hay torneros o moldeadores tan expertos en su menester como el más consumado campeón, y el ejercicio cotidiano del tal oficio con tal perfección cumplido no se ha

llamado jamás deporte. Esta inutilidad del fin la cumple plenamente el juego montañés.

Pero la segunda condición, es decir, lo inadecuado de los medios se cumple de la misma manera. En primer lugar, el juego tiene sus limitaciones que dificultan, sin saber para qué desde un punto de vista práctico, el cumplimiento de su superfluo fin. Pero además no sé si la bola es el instrumento más adecuado de lograrle. El lanzamiento horizontal de una barra sería procedimiento más eficaz para la finalidad de derribar los bolos. U otros medios, empezando por la mano, o, por tenerle a su alcance el rodero con que se allana el terreno de la caja. Pensad en los demás deportes y veréis cumplida esta condición. En el fútbol no se emplean las manos, sino los pies y la cabeza para impulsar el balón; los pases en los avances del balón ovalado en el rugby han de ser en dirección contraria a la meta a que se trata de llegar; los bastones del golf, y los del hockey, son instrumentos menos aptos que las manos o los pies; hasta las armas del toreo, muleta y estoque, parecen las menos adecuadas para dar muerte al toro, y pensad que se trata de un caso de auténtico riesgo, y en ello reside precisamente lo que la fiesta de toros tiene de deportiva. En cambio, en ciertos ejercicios de la gimnasia, como el lanzamiento del peso o la barra, incorporados a las Olimpiadas, el fin no es inútil, puesto que atiende al fortalecimiento del que le persigue, y el medio es el racional y obvio, por lo que a mi entender su condición de deportes está, por lo menos, limitada. E históricamente, antes de que se reglamentaran deportes, se practicaba sin ese nombre la gimnasia, que ha venido a ser un auxiliar del deporte, algo así como (y perdónese lo que tenga de irreverente al recuerdo) la filosofía se consideraba como *ancilla teologiae*, es decir, servidora de la teología.

Para fijar el carácter del deporte y gozar con el aumento de sus dificultades han nacido los reglamentos. El reglamento, como en la vida la ley, es una inevitable coacción en beneficio de la convivencia y la actividad social. El "todavía más difícil" es en los reglamentos deportivos norma querida y por ello fomentada siempre. Perdonad, y perdonen sobre todo los señores de la Federación de bolos, que frente a esta exigencia tenga un leve ademán de rebeldía. Yo quiero recordarles un precedente de no muy distinto orden verdaderamente ilustre. El Derecho romano es algo vivo y en constante crecimiento en busca de su justicia y eficacia hasta que se codifica. Justiniano, y a mí mismo me asusta e intimida la pedantería de lanzar este nombre en una charla sobre bolos, al hacerlo pone el punto final a su desarrollo. Le da la puntilla, como podría decir rebajando el tono y la referencia que habréis sabido disculparme. No tengo competencia ni para una lección elemental de historia del Derecho, pero todos sabemos que desde entonces el afán de los Estados al constituirse es tener un código; y de brotar este de la cabeza de los jurisconsultos, y no brotar de las sentencias de la sabiduría dictada por cada caso, que en Roma recogiera el *Digesto*, y entre los países

romanizados fueros y ordenanzas, vino a anquilosarse y a convertir una materia viva y humana en arquitectura lógica, pero rígida y a veces laberíntica. Yo sé que esto es inevitable que suceda, y que por ello sucedió, pero en caso tan indiferente como el deporte creo que se nota una urgencia innecesaria en precipitar su proceso y en privar de espontaneidad su ejercicio.

Muy lejos de mi ánimo el pensar así de la reglamentación de nuestro juego favorito, pero es cierto que la necesidad de los concursos y campeonatos ha venido a cohibir un tanto esa espontaneidad creadora. No ha faltado el pulso a las personas (y no digo que a la Federación, porque las cosas las hacen las personas y no los organismos), no ha faltado el pulso a las personas, repito, para encauzar la agradable anarquía en que este juego se desarrollaba. Irreprochables me parecen los preceptos reglamentarios, pero alguno, como la consideración de ciertas bolas quedas, por ejemplo, parecen obedecer en mucho al deseo del "ahora más difícil" de que hablaba. Y este mínimo atentado a la libertad del jugador le denuncio para que en una charla en cuya obvia doctrina todos estamos conformes quede ese cabo suelto de disconformidad y discusión, en el que, a la postre, estoy seguro que tiene más razón el reglamento que yo.

Pero en lo que todos estamos de acuerdo es en el esfuerzo que se ha hecho y en lo que se ha conseguido en pro de la difusión y popularidad del juego. Ha logrado interesar a los indiferentes y apasionar a los aficionados en competiciones y torneos cuya amplitud, solemnidad y concurrencia no pudieron soñar los padres venerables de este deporte. Y aquí encajaría un recuerdo, y bien vivo le tengo en la memoria, de cuantos han contribuido a esta labor desde los puestos federativos, y de los jugadores que han hecho posible su desarrollo con su habilidad y su sentido deportivo del juego. Y al entusiasmo de las peñas bolísticas, que puede decirse que cumplen el mismo fin que los clubs deportivos, con todas sus ventajas y sin inconveniente alguno de los que enturbian tantas veces la actuación de tales organismos.

Yo hubiera querido corresponder al magnífico día que ayer proporcionásteis a mi aldea de Tudanca con el entretenimiento de una charla divertida, ya que nunca me hice la ilusión de que fuera ni instructiva ni provechosa. El no haberlo conseguido me apesadumbra, pero la doy por bien empleada si ha servido para mostrar mi gratitud a organismos tan representativos de la Montaña como los que intervinieron ayer en el festejo y hoy en este acto, tan agradable para mí como árido acaso para vosotros y, con seguridad, estéril. Pero debéis pensar que en el curso de las empresas que se están realizando hay un momento reflexivo, y este querría yo haber aprovechado para prestar mi voz al elogio del juego, que es prestarla a la evocación y la loa de las virtudes tradicionales y campesinas de nuestra tierra, es decir, a nuestra tierra, sencillamente, que no sería como la queremos si no tuviera ese aire campesino y ese carácter tradicional.

EL juego de los bolos, cuya práctica se extiende a varias de estas regiones norteñas, tiene en cada una variantes que le dan interés distinto. Pero aquí, en la montaña de Santander, al decir juego de bolos, entendemos por ello el juego de nueve bolos con "emboque". Explicar lo sustancial del juego parece superfluo, pero esa característica del emboque acaso merece una aclaración. Cuando se lanza la bola para derribar los bolos, debe pasar de una raya que convencionalmente se traza perpendicularmente a la dirección del tiro. Sobre esta raya, y en lugar asimismo convencional, bien a la derecha de la formación de los bolos, o bien a la izquierda, se "pina" un bolo más, pequeño, y está el secreto en que la bola debe dar al primer bolo del centro de la formación, y de allí ir a dar al bolo pequeño, que se llama "emboque", o pasar por detrás de él, lo que indica que llevaba aún más efecto (en el sentido con que esta palabra se usa en el billar) del necesario, y, por tanto, su lanzamiento puede considerarse como más meritorio.

Esta variante de los bolos convierte el juego en una prueba de precisión, pues la bola ha de pegar en un bolo determinado y ha de ir no sólo dirigida, sino además "trabajada", es decir, con efecto adquirido al lanzarla de la mano, como la bola del billar le recibe al sufrir el golpe del taco. Además se necesita un vigor en el brazo nada despreciable, pues la bola de madera de encina (son las mejores) tienen volumen y peso considerables, y la distancia a que hay que hacerla llegar suele ser asimismo estimable.

Trabajar la bola es el secreto del juego, y después buen pulso y tino para colocarla, al ser lanzada, en el bolo que se pretende. El deporte del juego de bolos a "emboque" no es ninguna cosa al alcance de cualquiera, y reúne las condiciones de fuerza y destreza que pueden exigirse al más exigente ejercicio.

Este juego tradicional se conserva celosamente en esta montaña, y hay una Federación de Bolos que lo fomenta, y una afición entusiasta que sigue sus campeonatos y preferencias.

La sede de este juego la ha disfrutado durante mucho tiempo Puente San Miguel, la capital de las Asturias de Santillana, a orillas del Saja, lugar de reunión de las históricas Juntas de los Valles. Tal localidad había llegado a crear un estilo en el modo de jugar que los demás pueblos envidiaban, y que ponían por modelo de elegante eficacia. De allí salió mi amigo Marcelino Botín, el jugador, quizá, de mayor elegancia y gracia en el lanzar la bola que hemos conocido en estos últimos tiempos en la Montaña. Y allí tenía su casa el gran don Darío, entusiasta aficionado, a quien debe el juego la mejor propaganda, hasta el punto de que sin él acaso no se hablara en el Montaña de bolos con el entusiasmo regional que ha prendido en todos.

Pues bien; la sede de los bolos podemos decir que se ha desplazado a otro pueblo, este de las riberas del Nansa, y sin la historia ni el prestigio de la capital de las viejas Asturias: Bielva. Porque en Bileva nació, se crió, practicó el juego y se perfeccionó en su ejercicio el Zurdo, el más popular de cuantos jugadores de bolos han hecho "emboque" en la Montaña. El Zurdo de Bielva (que lo es, aunque sólo para el juego) ha popularizado el nombre de su pueblo natal, que hasta él apenas conocíamos los vecinos ribereños de su río. El Zurdo se llama Rogelio González, y es bien que su nombre salga a plaza, al par de su elogio, pues una dedicación como la suya a un deporte y unas aptitudes y fortuna para practicarle como las que le han hecho popular, es difícil que se dé en practicante alguno de cualquier otro juego.

Pero su personalidad es aún más singular dentro del deporte español. Como todos aquellos que practica gente del pueblo, quiebran un tanto las que se consideran reglas para el entrenamiento y conservación de la forma. Como nuestros gloriosos remeros de Pedreña, Rogelio González jamás ha dejado de atender a las necesidades de la labranza y la ganadería a que le obliga su corto peculio. Robando a veces, no horas, sino minutos, a su quehacer corriente, acude a la bolera de Bielva (hoy quizá la mejor de la provincia), y si no encuentra compañero, juega solo, y si no aparece algún chico que le "arme" los bolos, él los "pina", con la fatiga que supone tras lanzar la bola acudir a hacerlo.

En el Zurdo de Bielva, el lanzar la bola adquiere una belleza de actitud, una energía de movimientos, una armonía en la cooperación de los miembros del cuerpo que pretende traspasar a plano de arte lo que él cree que es tan sólo eficacia y necesidad del juego. El acto de lanzar la bola se ha comparado al del lanzamiento del disco, y no creo que desde el punto de vista escultórico ceda al arte del discóbolo. El brazo que lanza la bola ha de tomar vuelo impresionante; toda la economía de fuerzas de todos los músculos del cuerpo



El Zurdo de Bielva

han de cooperar con máxima tensión, y el pie correspondiente al brazo que juega ha de mantenerse firme, sin dejarse arrastrar por la violencia del lanzamiento. El Zurdo de Bielva es sobrio de movimientos, y ello da una elegancia más clásica a su juego. Pero en él admira la eficacia y el acierto aún más que el arte. Donde pone el ojo pone la bola, y ello con tal certidumbre, que se le ha visto muchas veces derribar los nueve bolos, uno a uno, y cada uno con una bola, sin que caiga más que el señalado cada vez.

Ver jugar al Zurdo es ir a gustar la emoción del "emboque". El estacazo en el bolo es seguro, y tan firme, que muchas veces la bola retrocede sin llegar a la raya. Este lance, desgraciado para la contabilidad, es tan celebrado como el lograr el "emboque", pues demuestra una seguridad y maestría magníficas.

Pero no trato de hacer el panegírico del juego del Zurdo. Me importa más señalar su vocación de deportista. Y de deportista plenamente desinteresado. Porque el juego de los bolos no vino de la isla de Wight ni lo empezaron a practicar montañeses de Escocia; y por ello, pese al esfuerzo de las organizaciones que lo rigen, los premios son más honoríficos que remuneradores. Y a veces un concurso se ha visto privado de la presencia del Zurdo, porque tenía

que segar un prado o atender a una vaca. Y cuando acaba las tiradas en las que asiste, ha de volver rápidamente a su casa a vigilar sus pocos intereses. Así, a todas las virtudes de entusiasmo, destreza, dedicación al juego, se añade en nuestro deportista el de desinterés, el de sacrificio auténtico. El se considera bien pagado con la popularidad y estimación de sus conterráneos y con mostrar con legítimo orgullo una vitrina de trofeos, cuya plata reluce con mejor brillo en la modestia de su casa aldeana de labrador.

Bielva 17 Diciembre 1947

Si D. José M^o Cossío.

Cuando recibí los ejemplares de A.B.C. don-
de se publicó el artículo,
titulado "Un Deportista"
por Ud. firmado y que
se refería a mi humilde
persona, debí haberle
escrito expresándole mi
agradecimiento por su
bondad y amabilidad,
primero por haberse o-
cupado en publicar algo
sobre mí y segundo por
haberme enviado los ocho
ejemplares, pero la pereza
que me invade siempre, que
de cojer la pluma se acorta
me había hecho quedar
con Ud. casi descortésmente.

Carta de Rogelio felicitando a Cossío por su nombramiento de Académico.

Hoy al enterarme de su
nombramiento de Académico
no puedo, de ninguna
manera, dejar de cojer
la pluma y dando las
felicidades con mi persona, feli-
citarle efusivamente, no
queriendo que entre las
muchas felicitaciones que
recibirá estos días por ese
motivo, pudiera faltar
la mía, acaso por ser la
más humilde, la más sin-
cera.

Dándole las más expre-
sivas gracias por sus aten-
ciones y repitiéndole mi
sincera felicitación, queda
a su disposición su atento
S. y admirador
q. e. s. m.

Rogelio Gonzalez
(Zurdo de Bielva)

AUNQUE un concurso se celebra, y el verbo celebrar tiene una signifi-
cación jubilosa, no creo incongruente, en este pregón de él, pedir un rincón
para un perenne recuerdo luctuoso.

Una tarde lluviosa y triste de los primeros días de marzo, acompañába-
mos los restos de Rogelio González, el Zurdo de Bielva, al lugar de su último
reposo en su aldea natal. Gentes representativas de la afición bolística, y
mucho más de la breve región donde se desenvolviera la habitualidad de la
vida del gran jugador, formábamos en el acompañamiento. Y la verdad es que
nuestro pensamiento se dirigía, más que al recuerdo de un excepcional juga-
dor y un excelente amigo, al ejemplo de una vida que de sus obligaciones
cotidianas pasaba sin transición a las que se imponía para mantener su nom-
bre y su posición en el deporte montañés. Y éstas no menos estrechas que las
de sus trabajos de la tierra y sus cuidados de la ganadería.

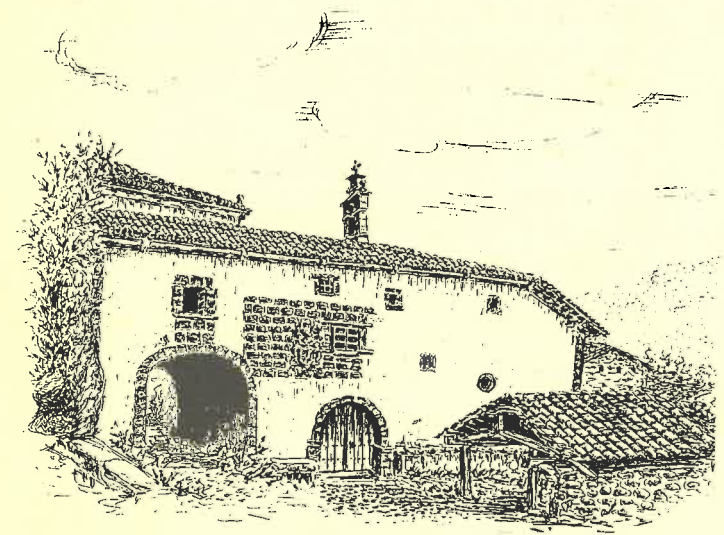
Esta conciencia de su obligación deportiva que le hacía gastar las horas
de vacación en el entrenamiento para el juego en la espléndida bolera de Biel-
va, a solas con su noble ambición deportiva, es un ejemplo que sobrevive a su
muerte y debe ser fecundo e imitado. Pero, puesto a reflexionar sobre su
recuerdo, acaso fue más importante su constante e indefectible comporta-
miento deportivo. Ambicioso en el juego, sereno en el triunfo, jovial y afec-
tuoso en la derrota, cumplidamente digno y equilibrado siempre, predicó su
lección deportiva día a día, partida a partida, con irreprochable espíritu de
caballero leal y respetuoso, no ya con el adversario, sino con la suerte que, al
revolverlo todo con su rueda, no consiguió nunca poner una mueca de desa-
grado o disgusto en su rostro tan montañés y sereno.

Las bolas con las que acudía a los concursos y partidas fueron deposita-
das en el mismo hoyo que su cuerpo. Lo que esas bolas ligeras representaban
no debe haber sido enterrado con ellas: la lección del emboque, de que tantas
veces fueran instrumentos, menos importante que la lección de caballerosidad
y buen talante que Rogelio dejara como herencia la más preciada a su deporte
favorito.



Agradecemos la colaboración de:
RANK XEROX-CANTABRIA

JOSÉ MARÍA DE COSSÍO Y LOS BOLOS



DIPUTACION REGIONAL DE CANTABRIA
Consejería de Cultura, Educación, Juventud y Deporte